

Conceptos, imaginarios y metáforas en Panamá: entre el enclave y las metáforas nacionales panameñas

CONCEPTS, IMAGINARIES AND METAPHORS IN PANAMA:
BETWEEN THE ENCLAVE AND PANAMANIAN NATIONAL METAPHORS

Luis Pulido Ritter

Universidad de Panamá, Ciudad de Panamá, Panamá

luispulidoritter54@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0006-6300-8271>

RESUMEN: El enclave, como parte del imaginario cultural y académico de Panamá, corresponde con la elaboración de un concepto que, a partir de los años setenta, se posiciona por la historia del país, determinado por la llamada función “transitista” que, desde la época colonial, marca su historia. La nombrada Zona de Tránsito, que implica la Zona del Canal, involucró la construcción del Canal (1904-1914) y la inmigración de cientos de miles trabajadores caribeños que impulsaron la construcción de conceptos culturales y fundacionales que cruzaron todo el campo de representación. A través de un método comparativo y hermenéutico, que consiste en la interpretación de textos, se hará una historia literaria y cultural de la conformación de los enclaves conceptuales para comprender, finalmente, cómo entonces se puede ir o reflexionar más allá del enclave.

PALABRAS CLAVE: enclave, transitismo, larga duración, Caribe, imaginario.

ABSTRACT: The enclave, as part of the cultural and academic imaginary of Panama, corresponds to the development of a concept that, starting in the seventies, is positioned by the history of the country, determined by the so-called “transitista” function that, since the colonial era, marks its history. The so-called Transit Zone, which implies the Canal Zone, involved with the construction of the Canal (1904-1914), the immigration of hundreds of thousands of Caribbean workers that promoted the construction of cultural and foundational concepts that crossed the entire field of representation. Through a comparative and hermeneutic method, literary and cultural history will be made of the formation of conceptual enclaves to finally understand how one can then go or reflect beyond the enclave.

KEYWORDS: enclave, transitism, long-term, Caribbean, imaginary.

INTRODUCCIÓN

Probablemente, el concepto de “enclave” sea uno de los más importantes para hacer una historia conceptual de los imaginarios políticos, sociales, culturales, económicos y culturales de Panamá. En principio, podría afirmarse que este concepto, en el marco de la teoría de la dependencia, aparece con fuerza en la década del setenta. Con él se define la situación “colonial”, de “dependencia” y “subordinada” del país, donde se tiene la presencia de los Estados Unidos en la Zona del Canal. Al respecto, Alfredo Castillero Calvo, en *La historia del enclave panameño frente al tratado Torrijos-Carter* (1978), nos entrega una definición del concepto aplicado a aquella realidad de la Zona del Canal. Por otra parte, el concepto de enclave no solo era aplicado en el medio académico, sino también en la denuncia política de la presencia de los Estados Unidos en el país. Todos hablaban del enclave norteamericano, pero también se hablaba del enclave bananero en Chiriquí y Bocas del Toro para hacer referencia a la economía bananera administrada por la United Fruit Company, una compañía que cerró sus operaciones en Panamá en medio de las huelgas obreras de la década del setenta

y, en este sentido, el estudio de Jorge Arosemena (1974), es otro clásico de la época:

Resumiendo, podemos concluir que la UFCO ha establecido desde finales del S. XIX un enclave comercial bananero en Panamá que, si bien ha sido opacado en parte por la particularidad y magnitud del enclave colonial caracterizado por la presencia de los Estados Unidos en la Zona del Canal de Panamá, no ha sido por eso de menos importancia al consolidar la dependencia económica de nuestro país de los centros hegemónicos del sistema capitalista (19).

El concepto de enclave es, en efecto, articulado en Panamá en la década del setenta. Sin embargo, no deja de ser cierto que el fenómeno que describe —es decir, la implantación de una situación colonial, como la Zona del Canal— es caracterizado y mencionado décadas atrás en ensayos políticos y textos literarios. Es una situación que provoca una fuerte tensión intelectual, determinada por la creación de un Estado nacional moderno y la presencia norteamericana y, además, antillana, que lleva al país a tener décadas de una fructífera producción intelectual en todos los terrenos. Por una extraña paradoja, sin embargo, los panameños han sufrido o, mejor dicho, sufrieron de un cierto complejo de inferioridad intelectual al considerar que esta tierra tropical no era apta para la reflexión, el ensayo, la filosofía o la polémica intelectual, como lo escribiera el demiurgo de la literatura panameña Rodrigo Miró en 1954. Pero una somera revisión bibliográfica de la historia intelectual de Panamá —trabajo que aún está en el tintero— echaría por la borda esta falsa percepción que todavía sobrevive en algunos. Ahora bien, mi tesis es que lo que se designó con el concepto de enclave en la década del setenta siempre ha estado en el medio del debate intelectual; ha sido el motor de una ingente producción en todos los terrenos y aquí utilizo este concepto para referirme al imaginario del enclave o, mejor dicho, a los imaginarios culturales producidos por el enclave o la percepción del enclave que hizo de Panamá un país ocupado y sometido a otro,

una situación que tuvo sus ondas expansivas en cómo se leía lo que era la cultura panameña. Es de aquí, entonces, que divido este trabajo en dos secciones: la primera da cuenta de que no fue necesario este concepto para registrar la idea del enclave en el país, y la segunda muestra cómo un escritor e intelectual como Eric Walrond –quien describió la situación del enclave sin ser parte de alguna idea de la nación panameña– estuvo muy lejos de las metáforas nacionales, productos del enclave, como de las de Russel (“inclusión”), Fortune (“sanchocho”) o Fábrega (“crisol de razas”). El punto de partida de este ensayo es que la situación del enclave, que se había definido por la presencia norteamericana en el país (lengua, raza y cultura), produjo y solidificó una respuesta romántica (definir la nacionalidad por la cultura, y, especialmente, por la lengua) por parte de los nacionales, ya fuesen de origen panameño o antillanos.

Ahora bien, no deja de ser cierto que si bien el enclave ha desaparecido –con la firma de los tratados Torrijos Carter, en 1977, y la integración de la Zona del Canal, como territorio, a Panamá en 1979–, todavía permanece en el imaginario, ya sea como motivo para realizar programas y productos culturales, como la bienal “Entrar en la Zona del Canal” (2008), o recientes documentales como *Hijo de Tigre y Mula* (2025) que, en torno a la figura de Torrijos, arma todo el escenario marcado por la recuperación del Canal que implicaba la desaparición de la Zona del Canal. Pero lo que más permanece en torno al enclave, como fenómeno de larga duración, es la no realización del carácter transnacional de la cultura panameña (por la intensas migraciones y desplazamientos) que todavía no deja de esencializarse a través de recursos romantizados de identidades.

EL ENCLAVE COMO IMAGINARIO DE LARGA DURACIÓN

En el libro para niños *Ruby visita el Museo Afroantillano de Panamá* (2022), de Juan Ríos Vega y Melva Lowe de Goodin, se cuenta la

historia de una niña, Ruby, quien es llevada por su abuelo Charles a visitar el edificio de lo que hoy es el Museo Afroantillano de Panamá, construido entre 1909 y 1910, y que había sido la antigua capilla de la Misión Cristiana. Ambos se dirigen en bus hacia la Ciudad de Panamá, donde queda el museo, pues en Colón, que es la ciudad atlántica de Panamá, separada de la capital por 90 kilómetros, no existe hasta el día de hoy un museo que recoja la larga historia caribeña de aquella ciudad fundada originalmente sobre una isla (Manzanillo) conocida también como Aspinwall –según Eduardo Tejeira, esta no se fundó, en 1850, por la Compañía del Ferrocarril Transístmico como una “ciudad de gran empaque”, sino “como un campamento de carácter utilitario; quizás fue el primer enclave de una empresa estadounidense en América Latina” (37)–. En efecto, Tejeira menciona aquí el concepto de enclave que, según el diccionario de la Real Academia de la Lengua, es un territorio o grupo étnico, inserto o incluido, dentro de otro, con características propias¹. Tejeira asocia el concepto de enclave a la ciudad de Colón, un concepto que, en Panamá, amerita todavía su “historia conceptual” (Koselleck), porque el enclave o el imaginario del enclave ha marcado, hasta hoy día, la historia del país por la existencia de la antigua Zona del Canal. Esta existencia de lo que fue la Zona del Canal, como un enclave, ha determinado la producción de muchos textos importantes en los últimos cinco años como *Erased (the Untold History of the Panama Canal)* (2019) de Marixa Lasso, donde analiza como los pueblos de la Línea fueron expulsados de sus territorios para construir el Canal; *Panama in Black (Afro-Caribbean World Making in the Twentieth Century)* (2022) de Kaysha Corinealdi, que estudia cómo la población antillana debe navegar y sobrevivir entre dos poderes, la Zona del Canal y Estado nacional panameño; y *The Silver Women (How Black Women’s Labor Made the Panama Canal)* (2023) de Joan Flores-Villalobos, quien observa el rol de las mujeres antillanas en la reproducción de la

¹ Para los efectos, ver <https://dle.rae.es/enclave>.

fuerza de trabajo en la Zona del Canal². No obstante, ninguno de estos textos problematiza el concepto mismo de enclave, su historia y sus giros, una tarea que queda por hacer y a la que aquí damos una aproximación.

Ahora bien, la idea fuerte del enclave es, sobre todo, la de algo que no tiene relación con la cultura de la gente local; un cuerpo extraño a la economía y, en todo caso, al país³. Y, en efecto, el enclave fue parte del estudio, en los años sesenta y setenta, de la llamada teoría de la dependencia. En Panamá, el historiador Alfredo Castillero Calvo utilizó el concepto “enclave” para referirse (o denunciar) a Colombia que manejaba el destino de Panamá como si fuese un “enclave colonialista” (18). Su tesis consistía en la relación de dependencia ente el centro metropolitano y la periferia, una relación de dependencia que no pasaba en el Istmo por la agricultura, explotación y exportación de materias primas, sino por el carácter transitista del Istmo, que, por su “vocación geográfica” (20), desde la época colonial, ya tenía sellado su destino como lugar de tránsito de los centros hegemónicos⁴. Pero,

² Otros textos se han ocupado de la Zona del Canal y del Canal de Panamá, como *Borderland of the Isthmus: Race, Culture and Struggle for the Canal Zone* (2014), de Michael E. Donoghue; *The Canal Builders: Making America's Empire at the Panama Canal* (2009), de Julie Greene; *The Silver Men: West Indian Labour Migration to Panama 1850-1914* (2000), de Velma Newton; y *The Path Between the Seas: The Creation of the Panama Canal, 1870-1914* (1977), de David McCullough.

³ Quizás uno de los mitos con respecto a la economía de enclave es que, por su dependencia del exterior, la economía local sufre cuando esta quiebra o fracasa, porque, en verdad, no ocurre otra cosa con la economía local cuando ramas económicas, industriales, comerciales o agrícolas, a pesar de estar articuladas con el mercado interior, dejan de ser productivas o son poco rentables, ineficientes o muy caras de mantener. Aquí también sufre la economía local.

⁴ En la narrativa de Panamá como lugar de tránsito de mercancías, ferias y gente, desde la época colonial, en el siglo XVII y XVIII –a la que se unen el ferrocarril y el Canal en el siglo XIX y XX–, habría que agregar el sistema financiero contemporáneo que, según la narrativa del transitismo, depende de los vaivenes del comercio y las finanzas del mundo exterior. Sin embargo, la crisis financiera del 2008, que fue un remezón a los mercados financieros globales, apenas se hizo sentir en Panamá como centro financiero.

como señala el mismo Castellero Calvo, en su estudio ya clásico hoy día, ese “enclave del ferrocarril” – designado así por Tejeira Davis, para referirse a la ruta transístmica– en el siglo XIX forma parte de ese fenómeno de “larga duración” (Braudel) que ha marcado al país⁵. Este fenómeno de “larga duración”, que en Panamá ha sido identificado como el transitismo, está marcado por el concepto (y el imaginario) de enclave, a pesar de que este concepto no aparezca en los textos. Este último es el caso de Rogelio Sinán (1902-1994), quien realiza una filosofía de las rutas, donde discute la identidad panameña y se pregunta sobre las “rutas” de la novela en el país. Así, de hecho, Sinán entra en polémica con Ramón H. Jurado (1922-1978), quien había propuesto el “ruralismo” como único marco de la novela panameña⁶. En opinión de Sinán, en cambio, no era posible reducir la novela al espacio designado como propiamente panameño –aunque tampoco de designar la zona de tránsito como extranjera–. En efecto, para Sinán, la economía de tránsito, que domina el eje transversal –del Atlántico al Pacífico, de las ciudades de Panamá y Colón– y que ha servido de “transito al comercio mundial” (103), es la ruta de los enclaves, que se opone a la ruta “nacional”, “vegetal” y “longitudinal” –la ruta de Jurado–. Después de explicar esta ruta “nacional”, el autor señala:

En cambio, la otra, que va de mar a mar, se desliza sobre una zona de tránsito, que cuenta con modernísimos medios

- ⁵ Braudel diferenciaba entre fenómenos de corta, media y larga duración en la historia. Tanto el primer fenómeno como el segundo abarcan la historia de acontecimientos, episodios, que pueden ser unos más duraderos que otros. Los fenómenos de larga duración, en tanto, refieren a las estructuras o cimientos como la geografía, el clima, los tráficos comerciales y de navegación e, incluso, a estructuras mentales que soportan siglos de variaciones, como las religiones, ideologías, y practicas artísticas y literarias (64-76).
- ⁶ Jurado, que para entonces ya había escrito dos novelas –*San Cristóbal* (1944) y *Desertores* (1949)–, describe el ruralismo de la siguiente forma: “El Ruralismo, pues, es el empeño manifiesto de valorizar las zonas campesinas, presentarlas como base de la nacionalidad, proponiendo como futuro inmediato de la República la vuelta al campo. Ocurre justamente cuando el estado canalero fracasa rotundamente a medio siglo de ejercicio” (60).

de transporte (ferrocarril, canal y carreteras) en lo que todo está muy limpiecito, barnizado, “prohibido”. Esta ruta, que es como una infernal Babel de lenguas, de mezquinos apetitos, tiene para nosotros un carácter virtualmente extranjero, cicatriz imborrable que duele a veces según soplen los vientos y que se ahonda cada día más y más como esos surcos que en los caminos de herradura deja el paso continuo de las caballerías (104).

Ciertamente, Sinán está pensando aquí en la Zona del Canal, antiguo territorio administrado por los Estados Unidos que tuvo una vigencia de setenta y seis años. ¿Qué otro enclave pudo haber sido, sino precisamente el enclave en el medio de la República que la separa en dos? Pero esta cita no solo hace referencia a la Zona del Canal, un enclave que era un paraíso tropical para los *zonians* o zoneítas –apelativo para las personas nacidas en la Zona del Canal durante la administración estadounidense–, sino que también hace referencia a una de las primeras novelas panameñas, *Las Noches de Babel* (1913), del reconocido poeta nacional, Ricardo Miró (1883-1940). Esta, según Gewecke, es “una de las primeras novelas urbanas hispanoamericanas” (173), por desarrollarse en la Ciudad de Panamá en el contexto de la inauguración del Canal de Panamá en 1914. Al leer esta novela de Miró, quien antes había escrito su célebre poema *Patria* (1904) en la migración, en Barcelona, salta a la vista la pretensión del autor de presentar una ciudad moderna, cosmopolita, una Babel de lenguas, desde la primera página:

Las calles de la moderna Babel interoceánica zum-baban llenas de una multitud heterogénea que hormigueaba, alegre y vocinglera, con aquel contento del pueblo trabajador en vísperas de una fiesta. Los coches, los tranvías y los automóviles pasaban cargados de hombres y mujeres que expresaban en sus rostros la alegría de vivir, y de vivir bien. De las puertas de la gran estación del ferrocarril brotaba una multitud cosmopolita y pintoresca, que se disgregaba por la gran explanada que existe al frente, y precipitándose en tranvías y coches se repartía, tomando distintas direcciones. El Gran

Hotel Internacional resplandecía, profusamente iluminado, y una orquesta de señoritas alemanas llenaba de animación los comedores. Después, a lo largo de la avenida Central, los restaurantes y los comercios, todo lleno de gente, se sucedían en un desorden inquietante y febril que denotaba la fuerza y la vida de la joven ciudad que vigila la entrada del océano Pacífico” (21).

A diferencia de *Patria*, cuyo tono nostálgico marca el espíritu del poema, *Las Noches de Babel* se inserta dinámicamente en el proceso de modernización que atraviesa el país: canal, ferrocarril, electrificación, tranvía y crecimiento y masificación urbanas. Pero, a medida que vamos leyendo la novela, se hace evidente la siguiente pregunta: ¿dónde está la población caribeña en este drama e imaginario novelesco? En efecto, cuando uno se pregunta sobre esta población, que está concentrada en las ciudades principales (y barrios populosos) de Panamá –y no en áreas periféricas, costeras o marginales– se comprende que es la población que habla predominantemente el inglés y el *créole*, de Barbados y Jamaica, que son cristianos protestantes y afrodescendientes. Es decir, se excluye a la población llegada por la construcción del Canal, resultado del enclave que se extiende más allá de los límites de la Zona del Canal, pero que es también un enclave empobrecido y negro, que ocupa el espacio citadino con sus edificaciones o barracas de madera⁷. La novela, ciertamente, transcurre en el Barrio de La Exposición, una de las áreas más burguesas de Panamá, construida bajo la administración de Belisario Porras, cuyas edificaciones en estilo neoclásico y neocolonial se levantaron para conmemorar el descubrimiento del Mar del Sur en 1513 y realizar la Exposición Universal de Panamá aquel mismo año.

⁷ El poeta Demetrio Herrera Sevillano (1902-1950), muy conocido por su poema *Cuartos*, donde describe la pobreza de estos barrios de madera, tiene un poema que se llama “Calidonia” (1937) que, entre frases en inglés, dice mostrando el peso y la presencia de la población caribeña en la ciudad: “Negros. Más Negros. Más Negros/—what are you doing my brother? /—Nothing, nothing” (43).

Como elemento de modernización, estos personajes blancos de Miró se movilizan en automóvil y deben pasar –porque no hay manera de no pasar por allí– por la Avenida Central, que cruza las áreas populares, caribeñas y negras de Calidonia, Marañón, Guachapalí y Santa Ana, donde se habla el inglés caribeño. Aun así, la novela solo alcanza a decir que el “parque de Santa Ana era un hermoso hormiguero de mil colores” (47).

En esta afición de Miró por el mundo de las hormigas, el poeta no dice lo que ve, es decir, una ciudad que, en contra de su sesgo racista, se había convertido en un centro cosmopolita, caribeño, en la región; un centro transnacional, donde el Caribe, según palabras de Corinealdi, comenzó a realizar un *world making*, diaspórico, más allá de las fronteras de las islas (5). Para esta autora, esto coincidió con la etapa fundacional de Panamá en la década del veinte:

Algo crucial para entender la forma en que este *world making* se desplegó en Panamá es que este proceso coincidió directamente con las campañas para definir a Panamá, durante el siglo XX, como un espacio, una idea y una nación. A inicios de los años veinte, diversas narrativas competían por quién lograría afirmar que Panamá permeaba el paisaje del Istmo (2, la traducción es nuestra).

En efecto, la Academia Panameña de la Lengua, en manos de Ricardo J. Alfaro –quien fuera ministro de Estado en la Cancillería y autor de un *Diccionario de anglicismos* (1950)–, definió muy claramente que, en Panamá, por estar “más sujeta a las influencias de una raza extraña” (“Primeras Gestiones” 11), refiriéndose a la población de habla inglesa en la Zona del Canal, necesitaba de una Academia que se preocupara por la “conservación y pureza de la hermosa lengua que hablamos” (*ibid.*)⁸. Ahora bien, si uno observa los datos biográ-

⁸ En la década del veinte se crearon las Academias de la Lengua de Nicaragua, Costa Rica, República Dominicana y Cuba. Filipinas, a pesar de no pertenecer al conjunto de países independientes de origen español, fundó su academia en

ficos de Alfaro –polígrafo, político y expresidente, promocionado por becas y matrimonio dentro de la elite urbana panameña y que gozaba de los privilegios de los cargos públicos que le permitían viajar y representar a Panamá como canciller y negociador de tratados en los Estados Unidos–, no debe sorprender que el dominio del inglés era una prerrogativa de sus funciones y de su condición social y política. Y precisamente con este personaje se articula, hacia adentro del país, un fundamentalismo cultural con su *Diccionario de anglicismos* sobre el que los mismos reseñistas españoles, en plena época franquista, se ven obligados a afirmar –sobre la segunda edición de su obra, publicada en Madrid, por la editorial Credos– que “es imposible que haya pureza en un idioma vivo, de cultura, como el nuestro” (Flores 150). Este reseñista, del Instituto Caro y Cuervo, no deja, sin embargo, de justificar estos “juicios un poco cerrados” (*ibid.*) del panameño por estar más expuesto a la influencia norteamericana, que es el mismo argumento de Alfaro. No obstante, lo que ambos invisibilizan, tal y como ha sido la constante del fundamentalismo cultural y romántico en Panamá, fue la amplia presencia de los afroantillanos en las ciudades terminales de Panamá y Colón, una presencia lingüística que impactó al panameño urbano en su vida cotidiana. En ese sentido, no es de extrañar que, en 1924, se lea en la prensa nacional lo siguiente:

Los antillanos que abundan en nuestras ciudades terminales rebajan nuestros niveles de vida y con sus costumbres extrañas le imprimen a Panamá, Colón y Bocas del Toro la apariencia de ciudades africanas y constituyen uno de los problemas más serios a resolver (cit. en Westerman 96)⁹.

1924. Hay que decir que Panamá, que fue parte de Colombia (cuya academia fue fundada en 1871) como departamento hasta 1903, tuvo el impacto del gobierno conservador de Rafael Núñez, conocido como el de “La Regeneración”, donde el ensayista, Miguel Antonio Caro, había definido el hispanismo, contra la ilustración y la razón, por el recuperamiento de las tradiciones castellanas, mitos y leyendas, la religión y la raza hispana. En esta época, el clero se encargó de la educación en Colombia.

⁹ La cita original aparece en Olmedo Alfaro, así: “Uno de los serios problemas

Olmedo Alfaro, quien publica ese mismo año el folleto *El Peligro Antillano en América Central* (1924), resume el miedo, el nacionalismo y el racismo que no dice abiertamente si lo que pretende es repatriar o asimilar, “panameñizar”, a los negros de las Antillas¹⁰. Aquí, sin embargo, el autor les trata como el enemigo interno de la nación, por ser eternos súbditos de los anglosajones, y formula lo que de generación en generación se ha transmitido en el imaginario romántico de la nación mestiza panameña, un imaginario marcado por la presencia del enclave, de un cuerpo extraño a la nación: “la rebeldía es extraña en estos negros y muy en especial en lo que respecta al negro estadounidense” (10). El antillano, según este imaginario nacionalista hispano, por hablar inglés y por estar en la esfera de influencia anglosajona, protestante y especialmente norteamericana en la Zona del Canal, siempre estaría en ventaja con respecto al panameño en el empleo, los salarios, los beneficios y las oportunidades¹¹. Pero basta leer una novela, *Susan Proudleigh* (1913), del jamaicano Herman H. de Lisser (1878-1944) –considerada como la primera novela de migración en el Caribe, y que en Panamá debería ser considerada como la fundadora del subgénero literario de la novela canalera¹²–, para saber el alto grado de conflictividad y resistencia que tenía el trabajador antillano con respecto a las autoridades zoneítas, porque, además, de que el

que el país debe resolver es el de los antillanos que infestan nuestras principales ciudades, que están rebajando el *standard* de nuestra vida con sus costumbres exóticas y que han dado a Panamá, Colon y Bocas, amén de otros lugares, el aspecto de barcas africanas” (14).

¹⁰ “Educar, panameñizar al antillano, traerlo más cerca, crear escuelas mixtas, o vivir siempre completamente separados, creando así gérmenes de eternas luchas, diferencias y rencillas?” (8).

¹¹ En Panamá se hizo una división entre el negro antillano (de lengua inglesa y caribeño) y el negro hispano (de lengua española y colonial) y uno de los que la interpelan para superarla es, por ejemplo, Carlos Guillermo Wilson, con su novela *Los nietos de Felicidad Dolores* (1991).

¹² Para los efectos, véase mi artículo, “El Canal de Panamá: una historia literaria”, *La Jornada Semanal*, núm. 1009, 6 de julio de 2014. Disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2014/07/06/sem-luis.html>

antillano apelara a su condición de ser un *British subject*, esto era una instrumento pragmático de resistencia en la condiciones desiguales tanto en la Zona del Canal como en Panamá¹³. Pero, sin duda alguna, el texto más polémico y representativo del conflicto antillano con las autoridades zoneítas, fue el cuento “Subjection”, incluido en *Tropic Death* (1927), de Eric Walrond (1898-1966). Este relato aborda la historia de un joven trabajador rebelde, Ballet, que es perseguido por un Marine después de que este le respondiera insolentemente por haber agredido a otro joven trabajador. Esta historia muestra qué tan conflictiva era esta relación, pues estaba en el límite del racismo expresado en la crudeza del lenguaje del Marine que, más de una vez reclamó a los trabajadores lo siguiente: “I’ll show you goddam niggers how to talk back to a White man” (100). El norteamericano, en la Zona del Canal, vivía sobre todo en su enclave, acompañado de una buena presencia de antillanos, que habían sido alojados en el sector de la Boca hasta la década del cincuenta, cuando en virtud del Tratado Remón-Eisenhower debieron ir abandonando esta área canalera y, si bien habían gozado allí de un cierto bienestar, por la buena infraestructura canalera, era una población tremendamente segregada, donde incluso el acceso a la educación solo era permitido hasta terminar la escuela primaria¹⁴.

Dentro de este imaginario del enclave —que se convierte en la Zona del Canal, en particular— y la llamada zona de tránsito, que incluye

¹³ Se lee de Jones, uno de los personajes de la novela, que migra a Panamá después de haber trabajado con el ferrocarril en Jamaica, lo siguiente: “Jones had grumbled at his chiefs at the railway, but now he thought of them with pride and was determined to show the Americans bosses that a British subject who has served the Government was in no wise inferior to any man from the states” (155).

¹⁴ El estado débil y frágil de la educación en la Zona del Canal, que era segregada y limitada, no era diferente en Panamá, donde los antillanos debieron crear escuelas privadas, en casas de particulares, para ofrecer clases donde además se impartieran en inglés. La desconexión con respecto a las necesidades y problemas educativos con respecto a población antillana era prácticamente total, como se muestra en *La educación en Panamá* (1957), donde no hay una sola mención de esta realidad en las ciudades de Panamá y Colón.

la ciudad de Panamá y Colón, se da un fenómeno que he llamado la “extranjerización del espacio”¹⁵. Aquí el panameño no reconoce el espacio transitista como propio: es el espacio del enclave, que se imagina expropiado por alguien que es resignificado como Otro, y que es definido –como lo hace Sinán, aunque sea para recuperarlo para la narrativa de la nación– como extranjero¹⁶. Es un espacio donde el Otro, en este caso, la inmigración caribeña, obliga a los afectados a aclararle al mundo que Panamá no es como aparenta; que Panamá, contra lo que se piensa, no es solo habitada por individuos de raza negra, como lo hace Eusebio A. Morales en el Ateneo Hispanoamericano en Washington. A pesar de que afirma que esta falsa afirmación, según él, es difícil de combatir, no escatima en decir que a Panamá, sin embargo, esto “no le afecta ni le hiera” (131). Y en nombre de un “blanco primitivo”, heredero de la colonia, que habita en los pueblos

¹⁵ “La “extranjerización del espacio” es un concepto que me ha ayudado a comprender la posición de los intelectuales panameños para referirse a la “usurpación” del espacio nacional en las ciudades terminales de Panamá y Colón. Es una “usurpación” que es producida, por un lado, por la inmigración antillana, y, por otro lado, en la Zona del Canal, por los Estados Unidos. Pero esta “usurpación”, más que una connotación física de una fractura es una construcción de la pérdida del espacio nacional considerado como propio. Es esta “usurpación”, como construcción, lo que ha marcado la conformación de la literatura panameña en la situación neocolonial. Las formas en que han reaccionado los intelectuales panameños frente a esta “usurpación” han sido diversas: “batallones escandalosos de negros jamaicanos” aparecen en Ramón H. Jurado; “un carácter esencialmente extranjero” en Rogelio Sinán; “el cosmopolitismo” en Baltasar Isaza Calderón; “una parte mínima de la realidad de Panamá” en Rodrigo Miró, entre varios ejemplos más. Todas estas designaciones de la “extranjerización del espacio” han sido posiciones y reacciones con respecto a la “usurpación” imaginada o real del espacio nacional (cit. en Pulido Ritter, “Lord Cobra” 11).

¹⁶ En este sentido, es interesante lo que plantea Westerman sobre esta “extranjerización del espacio” que, seguramente por la presión ejercida contra los antillanos, escribe: “El hecho de que los antillanos hubiesen estado circunscritos en residencias aisladas en las poblaciones de la Zona del Canal y aislados en ciertas áreas de las ciudades terminales de Panamá y Colón, con relaciones restringidas con la población nativa, prácticamente imposibilitó a éstos para que pudieran apreciar y comprender a plenitud, las costumbres, el folklore y las tradiciones panameñas” (105-106).

y aldeas del país, pretende corregir “esta impresión falsa de que todos los habitantes de Panamá son negros antillanos” (*ibid.*).

Todo esto está articulado dentro del mundo del enclave panameño¹⁷. Es un mundo que, como fenómeno de larga duración, pervive en las narrativas literarias, artísticas y culturales, ya sea por visibilización o, más complicado aún, por omisión de un conflicto que impide, incluso, que una niña colonense, como Ruby, escuche de su abuelo, Charles, que el racismo, la discriminación y el temor a ser deportados no solo ocurrieron en la antigua Zona del Canal, administrada por los norteamericanos, sino en Panamá mismo, fuera del enclave canalero. En efecto, este pequeño libro, dirigido a niños, muestra que esto no deja de ser una herida abierta en el país, precisamente por la imposibilidad del abuelo de transmitirle este tema. La visita de Ruby en el museo afroantillano es una visita que tampoco le permite saber que sus antepasados caribeños fueron antiguos esclavos en el Caribe. Ruby es una niña que no se entera de su vida en este enclave, a pesar de que el abuelo tiene la mejor voluntad del mundo de mostrarle su identidad, un sistema narrativo basado en el color de la piel, su pelo y sus productos materiales, que, no obstante, no le permite ir más allá del enclave, no solo por lo que no se cuenta, sino por lo que se cuenta, lo que no termina de sanar la herida que pretende remediar precisamente por no hablar de ella.

CUANDO EL OTRO HABLA: ERIC WALROND ENTRE LAS METÁFORAS DEL ENCLAVE

Uno de los textos más polémicos en Panamá, desde el Otro —es decir, quien es definido como Otro por un poder romántico cultural, político,

¹⁷ En fechas recientes han aparecido diversos intentos por salir de este enclave, es decir, por establecer relaciones de comunicación y conexión, como puede verse en los trabajos de Eduardo Tejeira Davis, Marixa Lasso, Ariel Pérez Price, Kaysha Corinealdi, Patricia Zárate de Pérez y este servidor.

lingüístico¹⁸—, salió de la mano de un poeta, ensayista, diplomático, profesor y político: Carlos Russell (1934-2018), quien vivió durante décadas entre Panamá y los Estados Unidos¹⁹. En los años setenta, en medio de las negociaciones de los Tratados Torrijos-Carter, representó al país ante las Naciones Unidas y articuló el lobby panameño caribeño en Nueva York en apoyo a los tratados. Russell, en este sentido, participó del nacionalismo político que ya tenía una larga historia proveniente desde los tiempos en que Panamá era un departamento de Colombia²⁰. Pero este periodo de nacionalismo político, liderado por Torrijos, fue acompañado de un fuerte nacionalismo cultural que no dejaba de afirmar, en su constitución de 1972, artículo 77, que “El Estado velará por la defensa, difusión y pureza del idioma español” (23). Se trataba aquí de un nacionalismo cultural que ya venía articulándose desde la década del veinte, con la fundación de La Academia Panameña de la Lengua, y que encontró su expresión más problemática en la década del cuarenta, con el despojo de la naciona-

¹⁸ Lo romántico es el nacionalismo cultural que equipara la pertenencia a la nación por la cultura, en este caso, la lengua, la religión y, en caso extremo, la raza. La lengua, desde el siglo XIX, es central para el nacionalismo cultural, un nacionalismo que es cultivado en las letras y las artes y elevado a cultura oficial en los Estados nacionales.

¹⁹ Aquí habría que mencionar también a Carlos Guillermo Wilson (Pulido Ritter, “La novela”) que, a pesar de que no propuso un concepto determinado o una contrapropuesta a la idea de nación, sí escribió libros o novelas opuestas al concepto romántico de nación, por ejemplo, contra el mestizaje que negaba los “aportes” de los africanos y de los antillanos en particular: “A decir verdad —dijo el hijo— no sé cuál es peor: la bomba de dinamita o el mestizaje. Por todas partes dicen que hay que mejorar la raza, o sea, hay que blanquearse. Opino que este tipo de racismo es peor que la dinamita asesina porque el mestizaje es una muerte lenta, muy lenta, lentísima” (Wilson 28).

²⁰ Justo Arosemena, en el siglo XIX, fue el mejor exponente de la particularidad panameña con respecto al resto de Colombia. Sin embargo, en el *Estado Federal de Panamá* (1855), que se publica en Bogotá, justo al terminarse el ferrocarril transistmico, que implicó la llegada de los norteamericanos y los cientos de trabajadores del Caribe a Panamá, no esgrimía la cultura —en este caso, el español— como diferenciador de Panamá. Su principal diferenciador era la geografía, la economía y la historia.

lidad panameña a cientos de inmigrantes antillanos, convirtiéndoles en apátridas, tras ser declarados “inmigración prohibida”²¹. Como puede observarse, el lenguaje es el punto central de este nacionalismo cultural, romántico, que cruza toda la sociedad panameña, y lo paradójico de esta situación, es decir, del imaginario del enclave, es que es reproducido en el texto de Russell, *The Last Buffalo* (1995), cuyo subtítulo es, formulado como pregunta, “Are Panamanians of Caribbean Ancestry an Endangered Species?”:

Let me also underscore that I have chosen, by design, to address this audience in English. It is not accidental. If there are those who feel that my choice of language was in deference to an unfamiliarity with Spanish, please be assured that is not the case. “YO SOY AGUILUCHO Y SERIA RARO EGRESAR DEL NIDO DE AGUILAS Y NO DOMINAR EL ESPAÑOL”. My reason for choosing English is in keeping with my commitment to that “Last Buffalo”, and my sense that there is a desperate need to preserve our heritage. To do so we must master the English language of our Caribbean forbearers (32).

Este texto fue leído en La Sociedad de Amigos del Museo Afroantillano de Panamá. Y, como puede observarse, el autor hace énfasis en el lenguaje, sin dejar de aclarar que domina el español –seguramente como afirmación a la nacionalidad panameña romantizada– y que, además, fue un graduado del Instituto Nacional, un plantel escolar público fundado por los liberales panameños en 1909, que sería el centro de los movimientos estudiantiles nacionalistas de los años cuarenta, cincuenta, y sesenta del siglo XX²². Afirmar esto es poseer, frente a

²¹ En la constitución de 1941, el artículo 23 afirma lo siguiente: “Son de inmigración prohibida: la raza negra cuyo idioma originario no sea el Castellano, la raza amarilla y las razas originarias de la India, el Asia Menor y el Norte de África” (7).

²² Basándose en una entrevista que le hice a Russell en 2010, Sonja Watson escribió: “Stereotypes abounded in the Institute where a racist teacher acknowledged how surprised she was that a black West Indian could write so well in Spanish.

la audiencia, un capital cultural que Russell maneja estratégicamente para evitar ser estigmatizado como un resentido o un marginal. Es claro que la condición étnica de ser antillano, negro e inglés parlante, no le impide incluir un elemento de clase, revolucionario, al afirmar que es cierto que no todos los blancos panameños mostraban antipatía hacia ellos y que la constante era la “marginalization”, porque eran “the laborers producing wealth for the upper classes” (39)²³. El documento citado a pie de página hace referencia, además, a otra realidad producida por el enclave: la separación entre la población antillana y el negro colonial, una separación que es reimaginada por la presencia del lenguaje y que Russell, en su mirada romántica, por pretender definir a la comunidad por su lenguaje, no hace otra cosa que los hispanistas, del otro lado del enclave. Sin embargo, le instruye a su audiencia que eso no significa no saber expresarse en español y, más aún, que también es posible aprender francés y así “we safeguard our collective culture” (32).

El llamado de Russell es el llamado de un intelectual, de un académico y un activista, que olvida que el Caribe, por donde se le tome, fue el espacio, reproducido en pequeño, de lo que sucedió en África con los poderes coloniales desde el siglo XIX: la repartición

This stifled his literary creation in Spanish because the teacher told him bluntly, ‘Tú no pudiste haber escrito este cuento... porque tú eres jamaquino...’ (...) The effects were devastating. Russell acknowledged the impact of the teacher’s statements: ‘Yo nunca más podía escribir ningún artículo o cuento literario en español porque yo no puedo según ella...’ (Watson 3).

²³ Sin embargo, no puede dejar de preguntarse, como lo afirma el “Documento Central del Primer Congreso del Negro Panameño”, en 1981, si no se podría hablar de una “aristocracia obrera antillana”, como se deja entrever de su lectura: “Tal como ha quedado constatado en varios ensayos interpretativos de la realidad del negro antillano, la presencia masiva de este destacamento de obreros, con un pasado histórico propio, lo cual dice de una acumulación cultural también propia, amén de un idioma disímil al español, conjugado con el hecho de ganar mejores salarios y ser preferido –en relación al criollo–, por los gringos para trabajar en la empresa canalera, produjo serios conflictos con el conjunto de los sectores populares y dirigentes, incluyendo también a la población de negros coloniales (81).

imperial. Reclamar una “cultura propia”, sin hacer mención de esta fractura histórica imperial, a la cual los antillanos se vieron sometidos por siglos, es reproducir el enclave imaginario, romántico, de definir la nacionalidad por la cultura sin develar el entramado colonial discursivo; es decir, no es más que reproducir, de este lado del Atlántico, la tradición romántica europea, que se articula en oposición a la Ilustración desde finales del siglo XVIII, cuando la cultura –entendida como las tradiciones y, sobre todo, la lengua– es el corpus esencialista, excluyente, que le da contenido a los Estados nacionales. Dentro de este contexto discursivo, es posible comprender el llamado de Russell por negarse a la asimilación que, a primera vista puede aceptarse. La dificultad, no obstante, radica en que no hace otra cosa que los hispanistas criollos, que definen al Estado nacional panameño (y al panameño) por el lenguaje. De este nudo problemático, entonces, nace el concepto más fuerte de los que Russell propone en su conferencia, que es el concepto de “inclusión”:

I would suggest to those who argue that in the process of assimilation one culture absorbs the others: soon the absorbed culture cease to be. If that occurs then there is no buffalo, no heritage to preserve. What I am suggesting is not assimilation but strengthening of Panamanian culture by retaining within it a strong and visible Caribbean presence that adds to the social, political, and economic vitality of Panama. It is this concept of “inclusión” at is best (46).

En efecto, este concepto, ayudado por la metáfora del último búfalo como especie en extinción, apela y se articula dentro de un imaginario de enclaves, que se encuentra justificado por asumir que existe una “Panamanian culture”, utilizando así los mismos instrumentos de los hispanistas criollos que articulan un discurso esencialista y excluyente de lo panameño. Y es que Russell, al igual que muchos de los que le escuchaban en la audiencia, pertenecían, por educación, a la élite bilingüe antillana de Panamá, una población acostumbrada a lidiar entre la presencia de los imperios y los Estados nacionales, y con un

gran capital de vida y sobrevivencia acumulada por la experiencia de deportación, desplazamiento e inmigración transnacional²⁴. Esta era una élite que, desde los años veinte hasta la década del setenta, se había articulado alrededor de un periódico que le dio voz a la comunidad antillana: *The New Tribune*, fundado en 1928 y que se publicaba en inglés. Junto con el *Workman*, estos periódicos fueron instrumentos de la comunidad que siguieron a la fundación de la imprenta, en Colón, en 1904, que editó el *Independent*, “uno de los primeros periódicos de la ciudad de Colón” (Westerman 123).

Por otra parte, a Panamá, en efecto, no solo llegaron trabajadores para la construcción del Canal, sino también un personal adscrito al servicio educacional y eclesiástico de la comunidad. Si bien su posición, con respecto a las estructuras de poder, tanto en Panamá, como en la Zona del Canal, era subalterna, la élite antillana era una comunidad que no carecía de voz²⁵ ni, mucho menos, de espacios de negociación y resistencias (sindicatos, escuelas privadas, lobbys políticos) que se daban a ambos lados de la frontera, del enclave sentido, imaginado y vivido, e, incluso, articulador de utopías (el retorno a África), como la de Marcus Garvey, que tuvo un gran impacto en Panamá y, especialmente, en Colón: “as migrant they specially appreciated the discourse of self-making and Negro pride that shaped the Union movement” (Corinealdi 9).

Dentro de este contexto, fue importante el aporte de Eric Walrond (1898-1966), uno de los participantes del Renacimiento de Harlem, en Nueva York. Este guyanés-barbadiense, que de niño emigró con

²⁴ En un libro publicado antes de esta conferencia, *Miss Anna's Son remembers* (1976), Russell mantiene una posición menos cerrada con respecto a la identidad antillana y da cuenta de la complejidad del problema: “... - Panamanians of West Indian – understand who, why and what we are. The African blood that runs in our veins, the Panamanian culture which forged us, and the American value system which imposed its products upon us three important elements in making us what we are” (iii).

²⁵ Aquí recorro a una de las preguntas de Spivak con respecto a la problemática de la construcción del Otro, como recurso etnocéntrico, ¿puede hablar el subalterno?

su madre y hermanos a Panamá, es uno de los primeros intelectuales que, como escritor y periodista, se enfrentan con esta problemática del enclave en Panamá –desde la perspectiva de quien es definido como Otro– y que, al igual que Russell, reconoce la impronta inglesa en la comunidad antillana, pero no para preservarla como signo de identidad –como un Otro utilizando los mismos instrumentos de exclusión (la lengua) dentro de una relación de poder que reproduce el etnocentrismo–, sino como un impedimento para que la comunidad y los negros afrontaran el racismo y su historia en el Caribe. Walrond, en efecto, no está interesado como Russell en el Estado nacional panameño ni tampoco tiene la necesidad de crear una metáfora como la del “último búfalo”, una forma de aproximarse a la identidad antillana desde una perspectiva romántica, fundada en la lengua. Por el contrario, Walrond se preocupa sobre todo de presentar las realidades antillanas y al negro sin maquillajes ni distorsiones que le presenten bajo una luz positiva. Largamente olvidado en la historia literaria del Caribe, Walrond publica su libro de cuentos, *Tropic Death* en 1926, sin el menor interés por lo que ocurre dentro de las elites hispanas con respecto a ser definido como un Otro; en otras palabras, la problemática fundacional del Estado nacional panameño, que es una problemática definida por la creación de fronteras, le es completamente indiferente, aunque no así la posición subalterna y transnacional del racismo y los prejuicios, especialmente, las vinculadas respecto al negro anglosajón, que cruza todo el Caribe, pues así lo constata al visitar casi todas las islas, incluyendo Haití, a fines de la década del veinte, donde constató que no por ser negro eso le guardaba de haber sido tratado como un extranjero. Al llegar a Republica Dominicana, es decir, al cruzar la frontera, “I crossed the frontier” (280), Walrond escribe:

In the northern part of Hayti I crossed the frontier into Santo Domingo. It was as if was again in Panama. A Spanish country with a hybrid mixture of Indians, Negroes and Gallegos. Only the terms of endearment, the epithets slyly hurled at me, were not the same. I suddenly found that

instead of a Chombo I was called a Cocolo. I scratched my head, mystified (cit. en Parascandola 280).

Walrond, como el viajero que era, vivía la realidad de las fronteras. Había que cruzarlas. Era un exiliado, un negro decepcionado en Londres, la capital “of the largest Negro Empire in the world” (*ibid.*), un descendiente de esclavos, un niño que creció bajo protección maternal y un padre ausente que desapareció en medio de la construcción del Canal. Era un cosmopolita de abajo, que denuncia el complejo de inferioridad de los escritores negros en los Estados Unidos, “still enslaved spiritually” y que, frente a la estructura racista, temen de poner a los negros “in a disparaging light” (130). Es alguien consciente de que pertenece a un pueblo de deportados y exiliados y por ello, en 1925, en *The Negro Literati*, escribe que “In the entire world I cannot imagine a people who’ve dared and died and suffered more, who’ve traveled and experienced more, who’ve sipped more of the wine of joy and tragedy, of comedy and despair” (cit. en Parascandola 129).

Es en este contexto que habría que comprender la afirmación de Walrond de que estar en República Dominicana es como “if I was again in Panama”, pues este pueblo es una “hybrid mixture of Indians, Negroes and Gallegos”. En efecto, estos pueblos son resultados de la migración, las deportaciones y los viajes. La intención de Walrond, sin embargo, no es crear una idea fundacional, mestiza o híbrida del Estado nacional, pues tampoco el reconocimiento de esta hibridez lo llevó a crear una metáfora como la del “sancocho”, apuntalada por Armando Fortune (1921-1974) en contra de otra metáfora: la del “crisol de razas”, propuesta por José Isaac Fábrega en su novela, *Crisol* (1936), mestizaje del español y del indio, sin el negro antillano:

El pueblo panameño ha tenido, como el sancocho, elementos nuevos. Es pues un conglomerado heterogéneo de diversas gentes, razas y culturas que se agitan, alternan, entremezclan y disgregan en un mismo hervidero social y que en esencia ha dado por resultado una mixtura rica y bien aderezada, que ya tiene un carácter propio de creación. Panamá es, por tanto, un

pueblo mestizo en donde, desde su descubrimiento, siempre ha existido el mestizaje de raza, el mestizaje de cultura y el mestizaje de cocinas (cit. en Maloney 295).

Ahora bien, la metáfora de que Panamá es un sancocho tampoco terminaba de superar la nacionalidad por la cultura y por la “raza”, es decir, no trascendía el paradigma romántico. Por el contrario, lo que le interesaba a Walrond era constatar que, a pesar de esa mixtura híbrida, que se observa entre los de abajo, no se dejaba de insultar con palabras (chombo o cocolo) la condición racista del Otro²⁶ y, sobre todo, como se muestra en su ópera prima, *Tropic Death*, el Otro, por intermedio de su lenguaje, popular y diverso, es proyectado en su autenticidad más allá de la idea fundacional de una nacionalidad por intermedio del Estado nacional, donde no se encuentran acartonados y falsos héroes o heroínas.

Como hemos visto, la cultura del enclave panameño ha sido prolija produciendo metáforas culturales, metáforas que cruzan y fundan el Estado nacional, dentro de la relación de poder que trata de definir al Otro: crisol de razas, sancocho, el último búfalo²⁷. Walrond no propone, en este sentido, ninguna metáfora para el enclave romántico panameño. Su condición de exiliado o la de considerarse, incluso, un renegado sujeto británico, le permitió mencionar la condición de la “voiceless mass” (cit. en Parascandola 291) de los sujetos británicos, regados por medio mundo y que, a diferencia de las colonias francesas, donde hubo representación de las posesiones de ultramar (colonias),

²⁶ En Panamá se ha discutido mucho sobre la proveniencia y el origen de la palabra *chombo*. En una de mis lecturas, me encontré con la novela de George Lamming, *The Immigrants* (1980), que narra el viaje de los trabajadores caribeños a la Inglaterra de posguerra y ellos se llamaban entre ellos *my chomb*, que es amigo, y presumo que, posiblemente, en Panamá, esto quedó transformado como *chombo* entre los nacionales.

²⁷ Para mayor ampliación sobre las metáforas nacionales, leer mi artículo, “Panamá es un sancocho: Armando Fortune y el mestizaje en la identidad cultural panameña”, *Revista Istmo*, n.º 23, s/p, disponible en: http://istmo.denison.edu/n23/articulos/21_pulido_luis_form.pdf

no tenían un solo representante en Westminster. Por eso es que el autor preguntaba: “Under such conditions, can anybody seriously call England a democracy?” (*ibid.*). Y precisamente esta condición de mirar desde quien es definido como el Otro lo que le abrió las puertas para dar voz, en sus cuentos, a la gente de ese enorme imperio y, particularmente del Caribe anglosajón. Como afirma Parascandola, “he is particularly concerned with the language of the people... using language to probe both the European and the African aspects of Caribbean identity” (25), pero a diferencia de Russell —que se mueve dentro del enclave, sin salir del laberinto de la dialéctica de lo Mismo y de lo Otro del Estado nacional, y cuyo objetivo es mantener el inglés como pilar de la identidad caribeña— los cuentos de Walrond nos llegan como esa voz auténtica, más allá de los enclaves, y de los paradigmas metafóricos identitarios, autoritarios y excluyentes, porque lo que le interesa es encontrar lo contradictorio, lo fragmentario, lo que cruza las fronteras, las dualidades y, sobre todo, las paradojas de lo humano en toda su diversidad.

CONCLUSIÓN

En la elaboración conceptual, fundacional, del Estado-nacional panameño, tras la construcción del Canal de Panamá, en 1914, se creó un corpus romántico, hispánico y mestizo, basado en la lengua española, que, con la fundación de la Academia Panameña de la Lengua en la década del veinte, encontró un depositario institucional que fue la base cultural del enclave romántico en el país —un imaginario que ya estaba presente en la época de la regeneración colombiana en el siglo XIX, cuando Panamá pertenecía a Colombia como departamento (Chirú Barrios)—. A partir de esta base se elaboran, además, desde la perspectiva de quien se ha construido como el Otro —es decir, los caribeños anglosajones—, diversos conceptos o metáforas que son resultado de ese enclave, como el de “inclusión”, en Russell, que se agrega a otras metáforas construidas anteriormente, como el

“sancocho” de Fortune y el “crisol de razas” de Fábrega, que entran también dentro del juego romántico de definir la nacionalidad por la cultura y el mestizaje de la “raza”. Dada esta situación, donde los conceptos y las metáforas articuladas en el enclave no permiten el giro necesario para tener una mirada compleja del Caribe en Panamá y la región, la obra de Eric Walrond abre la posibilidad de pensar el Caribe en toda su complejidad y contradicciones; en fin, una perspectiva más allá de los paradigmas ideológicos y fundacionales del paisaje romántico de los enclaves culturales, caracterizados por la exclusión y la delimitación de fronteras.

REFERENCIAS

- ALFARO, OLMEDO. *El peligro antillano en la América Central. La defensa de la raza*. Ciudad de Panamá, Imprenta Nacional, 1924.
- ALFARO, RICARDO J. *Diccionario de anglicismos (enumeración, análisis y equivalencias castizas de los barbarismos, extranjerismos, neologismos y solecismos que se han introducido en el castellano contemporáneo)*. Ciudad de Panamá, Imprenta Nacional, 1950.
- _____. “Primeras gestiones del Dr. Ricardo J. Alfaro para la creación de la academia”. *Boletín de la Academia Panameña de la Lengua*, n.º 4, 1969, pp. 11-12.
- AROSEMENA, JORGE. “LA UNITED FRUIT CO.: Enclave Colonial Panameño”. *Tareas*, n.º 27, 1974, pp. 3-22.
- AROSEMENA, JUSTO. *El Estado Federal de Panamá*. Ciudad de Panamá, Editorial Universitaria, 1982 [1855].
- BELEÑO, JOAQUÍN. *Gamboa Road Gang*. Ciudad de Panamá, Departamento de Bellas Artes y publicaciones del Ministerio de Educación, 1951.

- BRAUDEL, FERNAND. *La historia y las ciencias sociales*. Madrid, Alianza Editorial, 1968.
- CASTILLERO CALVO, ALFREDO. “La historia del enclave panameño frente al tratado Torrijos-Carter”. *Anuario de Estudios Centroamericanos*, n.º 4, 1978, pp. 509-534.
- _____. *La ruta transísmica y las comunicaciones marítimas hispanas (siglos XVI a XIX)*. Ciudad de Panamá, Lito Arte, 1984.
- Constitución de 1972.
- Constitución de 1941.
- CORINEALDI, KAYSHA. *Panama in Black (Afro-Caribbean World Making in the Twentieth Century)*. Durham/Londres, Duke University Press, 2022.
- CHIRÚ BARRIOS, FÉLIX. *Panamá 1903-1931*. Ciudad de Panamá, Editorial Universitaria Carlos Manuel Gasteazoro, 2024.
- FÁBREGA, JOSÉ ISAAC. *Crisol*. Ciudad de Panamá, Edición Conmemorativa del Centenario de la República, 2002 [1936].
- FLORES, LUIS. “Diccionario de anglicismos de Ricardo J. Alfaro”. *Thesaurus*, n.º 1, 1965, pp. 150-151.
- GEWECKE, FRAUKE. “La heterogeneidad como rasgo fundamental y del Modernismo Hispanoamericano: Las Noches de Babel de Ricardo Miró”. En Inke Gunia, Katharina Niemeyer, Sabine Schlickers y Hans Paschen (eds.), *Modernidad Revis(it)ada: Literatura y Cultura Latinoamericana de los siglos XIX y XXI*, Berlín, Tranvía, 2000, pp. 168-181.
- JURADO, RAMON H. *Itinerario y rumbo de la novela panameña*. Ciudad de Panamá, Cultural Panameña, 1978.
- KOSELLECK, REINHART. “Historia de los conceptos y conceptos de la historia”. *Ayer*, n.º 53, 2004, pp. 27-45.
- La educación en Panamá*. “Mesa redonda sobre los problemas de la educación nacional”. Ciudad de Panamá, Imprenta Nacional, 1957.
- MALONEY, GERARDO (ED.). *Armando Fortune: obras selectas*. Ciudad de Panamá, Instituto Nacional de Cultura, 1993.

- MARINI, RUY MAURO. *Dialéctica de la Dependencia*. Ciudad de México, Serie Popular Era, 1973.
- Memorias del Ier Congreso del Negro Panameño (nuestra identidad es clave en la integración popular)*. Ciudad de Panamá, Impresora de la Nación, 1981.
- MIRÓ, RICARDO. *Las Noches de Babel*. Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, (2020 [1913]).
- MORALES, EUSEBIO A. *Ensayos, documentos y discursos*. Ciudad de Panamá, Biblioteca de la Nacionalidad, 1999.
- “Primeras gestiones del Dr. Ricardo J. Alfaro para la creación de la academia”. *Boletín de la Academia Panameña de la Lengua*, n.º 4, 1969, pp. 11-12.
- PARASCANDOLA, LOUIS (ED.). “*Winds Can Wake up the Dead*”: *An Eric Walrond Reader*. Detroit, Wayne State University Press, 1998.
- PULIDO RITTER, LUIS. “El Canal de Panamá: una historia literaria”. *La Jornada*, 2014. Visitado el 25 de junio del 2024. <https://www.jornada.com.mx/2014/07/06/sem-luis.html>.
- _____. “La novela canalera en Carlos Guillermo ‘Cubena’ Wilson”. *Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe*, n.º 11, pp. 31-47, 2013.
- _____. “Lord Cobra, cosmopolitismo y la diáspora caribeña en Panamá”. *Istmo (revista centroamericana de estudios literarios y culturales)*, n.º 20. Visitado el 24 de junio del 2024. http://istmo.denison.edu/n20/articulos/22-pulido_luis_form.pdf
- RÍOS VEGA, JUAN Y MELVA LOWE DE GOODIN. *Ruby visita el museo Afroantillano*. Ciudad de Panamá, Modus Ludicus editorial, 2022.
- RUSSELL, CARLOS. *The Last Buffalo (Are Panamanians of Caribbean Ancestry an Endangered Species?)*. Ciudad de Panamá, Sociedad de Amigos del Museo Afroantillano de Panamá, 1995.
- _____. *Miss Anna’s Son Remembers*. Brooklyn, N. Y., Bayano Publications Inc., 1976.

- SEVILLANO H., DEMETRIO. *Antología poética*. Ciudad de Panamá, Impresora de la Academia, 1945.
- SINÁN, ROGELIO. “Rutas de la novela panameña”. *Lotería*, n.º 23, 1957, pp. 103-111.
- SOLER, RICAURTE. *Pensamiento panameño y concepción de la nacionalidad durante el siglo XIX*. Prólogo de Rodrigo Miró. Ciudad de Panamá, Imprenta Nacional, 1954.
- SPIVAK, GAYATRI CHAKRAVORTY. “¿Puede hablar el subalterno?”. *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 39, 2003, pp. 297-364.
- TEJEIRA, EDUARDO. “Los orígenes de la ciudad de Panamá”. *Canto Rodado*, n.º6, 2011, pp. 33-73.
- WALROND, ERIC. *Tropic Death*. Nueva York, Collier Books, 1972 [1926].
- WATSON, SONJA. “Tribute to the ‘Last Buffalo’: Panamanian West Indian Writer Dr. Carlos E. Russell (1934-2018)”. *Palara*, n.º 22, 2018, pp. 3-5.
- WESTERMAN, GEORGE W. *Los inmigrantes antillanos en Panamá*. Panamá, Impresora de la Nación, 1980.
- WILSON, CARLOS GUILLERMO ‘CUBENA’. *Chombo*. Miami, Ediciones Universal, 1981.